CAPÍTULO V.

LAS SIRENAS. — LOS CÍCLOPES.

El mito de las Sirenas. — Su número; sus nombres. — Lucha entre las Sirenas y las Musas. — Las Sirenas son como las Musas de la muerte. — Las Sirenas y Orfeo. — Las Sirenas y Ulises. — La Sirena Parténope. — El pueblo de los Feacios. — Palacio de Alcinoo. — Los Cíclopes. — Polifemo. — Ulises en la caverna del Cíclope. — Castigo ó ira de Polifemo. — Aqueménides en la isla de los Cíclopes. — Cíclopes notables. — Las Graæ.

Otros eran, ademas, los horribles azares de aquellos mares: en las costas meridionales de Italia, en la boca del estrecho de Mesina, en aquellos islotes erizados de escollos acechaban á los viajeros las temidas y seductoras Sirenas, y los atraían con sus cantos de inefable dulzura. «Infeliz del que una vez oye su voz, dice Homero; jamas volverá á ver su patrio hogar; jamas podrán recibirle en sus brazos su mujer y sus tiernos hijos, ni celebrar su regreso con jubilosos acentos. Sentadas las Sirenas en verde y risueña pradera cautivan á los mortales con la suave armonía de sus voces; pero á su alrededor se ven montones de calaveras y de cadáveres infectos que se consumen lentamente al sol.» En efecto, aquellas pérfidas deidades de funesto encanto atraían á cuantos mortales se ponían al alcance de su voz; para gozar mejor de su embeleso, los marineros fascinados se inclinaban más y más hacia la superficie de las aguas, sumergíanse en ellas poco á poco, y desaparecían para siempre.

Este contraste horrible de belleza y muerte, dicen los autores modernos, es representacion del que ofrece el mar con sus engañosas seducciones y escondidos peligros: es imágen de su pérfida calma, de su superficie tersa y brillante cual espejo, ocultando entre sus escollos, inmediatos á la costa, el naufragio y la perdicion.

Hijas las Sirenas del rio Acheloo, del cual se llamaron *Acheloides*, ó de Forco, el Viejo del mar, tampoco están acordes los mitólogos en quien fué su madre, ni en su número y en sus nombres. Las musas Melpómene, Calíope ó Terpsícore fueron tenidas indistintamente por esposas de Acheloo; entre dos y ocho varía el número de sus hijas; pero lo más comun es creer que fueron tres y que se llamaron *Leucosia*, *Ligea* y *Parténope*, nombres que designan la suavidad de su voz y el embeleso de sus palabras.

Las Sirenas, representadas con cabeza y pecho de mujer, alas y cuerpo de ave, tenían de aquella todas las gracias, de ésta todas las melodías. Para humanos oidos nada era comparable al embeleso de su música, y así fué que se las puso en relacion con las Musas. Referíase en Creta que cierto dia, alentadas las Sirenas por Hera, provocaron á las Musas á musical combate, y que vencidas, sus vencedoras les arrancaron las plumas para tejerse con ellas coronas, atestiguando esta leyenda la comunidad de atribuciones entre uno y otro grupo de deidades. Patrimonio de ámbos era el don de los armoniosos cantos; Musas y Sirenas eran igualmente genios de las aguas, y

aquella tradicion parece indicar que al ser llevado el culto de las Musas desde el continente á la isla de Creta hallaría ya establecida una creencia análoga. De ahí una lucha en que las Musas alcanzaron la victoria, es decir, que su religion logró reemplazar en la isla á la de las Sirenas, las cuales hubieron de abandonar la tierra para convertirse en Musas del mar y en maléficos genios, con morada en los bajíos y en las costas escarpadas y en relacion con las divinidades infernales.

Cuéntase de ellas que agraciadas ninfas en la época del rapto de Proserpina, Céres, en castigo de no haberla socorrido, pudiendo hacerlo, las convirtió en monstruos mitad mujeres y mitad aves. Segun otras versiones, las Sirenas, que estaban jugando con la vírgen divina en los prados del Acheloo, al entreabrirse la tierra para dar paso al raptor, tan afanosas se mostraron para correr en su seguimiento que los dioses les concedieron alas para que por tierra y por mar la buscasen. Entónces fué cuando al fin se posaron en las costas sicilianas donde fijaron en adelante su morada.

Así, pues, estaban las Sirenas en relacion con las divinidades infernales, y eran en cierta manera consideradas como las Musas de la muerte. Helena, en una tragedia de Eurípides, las invoca en su desesperacion, y les pide que unan sus armoniosos acentos á sus suspiros y á su llanto y que acompañen con su inefable música la lúgubre lamentacion que entona y que envía como ofrenda á Perséfona. «Las Sirenas, hijas de Forco, decía un personaje de Sófocles, son las que entonan los himnos de Hades.» Todo esto hacía que en muchos sarcófagos fuesen representadas las Sirenas, expresando ora el hechizo de la virginal belleza segada en flor, ora los perdidos goces del himeneo, ora las gracias de la poesía y la elocuencia. En resúmen, la concepcion de las Sirenas envuelve dos ideas: la de seduccion irresistible y la de muerte despiadada.

Era comun representarlas en forma de ave con la cabeza y el pecho de mujer, teniendo en la mano un instrumento músico, ó bien un espejo. Sin embargo, en monumentos, al parecer posteriores, vense como mujeres hasta la cintura y como aves en el resto del cuerpo. Los artistas modernos, confundiéndolas con las Tritónidas, las pintan en forma de mujeres rematadas en pez. Por excepcion las Sirenas que se ven en algunos bajo-relieves junto á la nave de Ulises, son del todo mujeres y pueden confundirse con tres Musas.

Estaba por el oráculo vaticinado que las Sirenas vivirían todo el tiempo que lograsen detener á cuantos navegantes pasaran cerca de ellas y que habrían de perecer desde el momento en que se librara uno de ser cautivado por el hechizo de su canto. Años y años, á juzgar por el osario en que se había convertido el sitio de su residencia, cumplieron su terrible destino; mas al pasar los Argonautas hubo éste de torcerse. Á las primeras notas del funesto canto dan aquellos guerreros al olvido la conquista del dorado vellocino; ya la famosa nave se inclina hacia el fatal escollo, cuando de pronto Orfeo pulsa la lira, y con voz divina canta los combates y las victorias de los dioses. Sus acentos inspirados por el genio, embellecidos por la gloria, purificados por la virtud, dice antiguo himno, desvanecen el encanto, las Sirenas enmudecen, y la nave boga á todo remo hacia las riberas de Cólchida. Despechadas las Sirenas arrojaron sus músicos instrumentos al mar.

Mas al parecer no quedaba aún el oráculo del todo cumplido: á Ulises tocó la gloria de su cumplimiento.

«—Entre los peligros que aún te esperan, dijo al héroe la maga Circé, forman el primero las Sirenas, genios encantadores que fascinan á cuantos hombres se acercan á las riberas donde moran... Pasa veloz por aquellas aguas despues de tapar con odorífera cera los oidos de tus compañeros. En cuanto á tí podrás oir sus cantos y gozar sin peligro de aquellas voces melodiosas con tal que ántes te hayan fuertemente encadenado de manos y piés al mástil de tu nave. Si en tu embeleso ruegas y mandas á tus compañeros que suelten tus ataduras, es preciso que con mayor fuerza las aprieten...—Vuela la nave por la mar espumosa, á la que agita con sus numerosos remos; envíale Circé favorable viento que hincha las velas con incesante soplo, y Ulises dice á sus alegres compañeros:

»—Amigos, no basta que sepa yo los oráculos emanados de los labios de Circé, sino que los habeis de saber todos, para que, en caso de perecer, sea nuestra perdicion fruto de nuestra propia voluntad. En primer lugar nos exhorta á huir de los prados floridos y de la encantadora voz de las Sirenas. Sólo yo puedo oir su canto, pero es preciso que me sujeteis con fuertes ataduras al mástil de la nave; si os pido, más aún, si os mando que me desateis, desoid mis súplicas, desobedeced mis órdenes y apretad mis ligaduras.

»Miéntras así hablaba, refiere el mismo Ulises, acércase la nave á la isla de las Sirenas. De pronto cesa el viento, y nada altera el sosiego del ambiente ni la tersura del mar, como si una divinidad meciese suavemente y adormeciera á las olas. Levántanse entónces mis compañeros para arriar las velas, y vueltos á su lugar respectivo levantan los remos torrentes de espuma. Yo, en tanto, (pues el peligro apremiaba), armado de brillante hierro, corté á toda prisa en pedacitos una gran masa de cera, y ablandados en un instante así por la presion de mis robustos dedos como por los fuegos que afortunadamente nos enviaba el soberano de la luz, repartílos entre mis compañeros y con ellos tapáronse los oidos. Con recias ataduras me sujetan de piés y manos al mástil, y volviendo luego á los bancos, salta el agua al impetuoso choque de sus remos. De la ribera sólo nos separaba ya la distancia que la voz humana recorre, y las Sirenas, sabiendo ya la proximidad de la nave, comenzaron á entonar armonioso canto.

»—¡Oh Ulises famoso, gloria de Grecia! Ven, deten tu nave y presta oido á nuestra voz. ¡Feliz el navegante que por estas aguas pasa! De ellas no sale sin escuchar las suaves melodías que de nuestros labios brotan, y á la vez que embelesado regresa al patrio hogar más instruido. No hay para nosotras secretos; nuestra mirada todo lo escudriña, y así como hemos visto los trabajos que Troyanos y Griegos habeis padecido por voluntad de los dioses en los célebres campos de Ilion, sabemos cuanto pasa en el universo mundo.

»Estas fueron sus palabras acompañadas de una celeste música, y deseando yo prolongar el delicioso éxtasis que en mí producían, con los ojos indiqué á mis compañeros que me librasen de las cadenas; sin atenderme manejan con mayor ardor el remo, y Euriloco y Perimedes, rodeándome con sus robustos brazos, aprietan aún más mis ligaduras. Huye la nave de la fatal ribera; por grados va la distancia amortiguando el canto de las Sirenas, hasta que por fin dejo de oir sus palabras y su voz. Entónces recobraron mis compañeros el oido y yo la libertad.» (Homero).

El destino de las Sirenas quedaba consumado: impulsadas por la desesperacion se precipitaron al mar, y convertidas en peñas, llamóse aquel lugar Sirénides ó Sirenusas. De Parténope se contaba que las olas llevaron su cuerpo á la playa inmediata en cuya arena fué enterrada; el sepulcro allí erigido convirtióse tiempo despues en altar, y el altar en templo; junto á éste formóse una aldea, y la aldea llegó con el tiempo á ser una gran ciudad á la cual dió nombre la Sirena allí sepultada. Destruida y reedificada despues por Phalaris, fué llamada Neapolis ó Ciudad nueva.

Para explicar la fábula de las Sirenas han supuesto algunos mitólogos que era alusion á las cortesanas ó comediantas que en las playas sicilianas atraían á los viajeros con sus hechizos y hacíanles olvidar entre placeres el objeto de su viaje.

Entre las superiores potestades del mar han de contarse los moradores de las maravillosas regiones situadas en las costas occidentales del Oceano adonde arribó el náufrago Ulises, ántes de serle dable regresar á Itaca. Feacios los llama el poeta y los califica de séres divinos. «En otro tiempo, dice, habitó ese pueblo las dilatadas llanuras de Hiperia y fué vecino de los Ciclopes feroces, los cuales, superiores á él en fuerzas y no conociendo más ley que su voluntad, no cesaban de oprimirle con todas las devastaciones de la guerra. Entónces Nositoo, semejante á un dios, le condujo á la isla pacífica de Scheria, agreste y solitaria, separada de todo comercio con los hombres, y formando allí una ciudad, trazó el recinto de sus muros, edificó casas, erigió templos y dividió las tierras. Víctima ahora de la Parca ha descendido á la mansion infernal, y su hijo, instruido por los inmortales, el prudente Alcinoo, empuña el cetro.

»Su palacio resplandece cual la luna y el sol; eran de bronce las paredes y de lapislázuli el cornisamento; puertas de oro cerraban el sólido edificio y columas de plata sostenían la deslumbrante techumbre. A ámbos lados del umbral velaban varios de los animales que son compañeros fieles del hombre. Vulcano, con admirable arte, fabricólos de preciosos metales; en ellos parecía residir la vida, y guardadores inmortales del palacio de Alcinoo era su belleza inalterable. En lo interior de la regia morada había una sala cuyos ámbitos apénas abarcaba la vista, y en ella, colocadas junto á las paredes, largas filas de tronos adornados con tapices de fina labor, obra de las mujeres de aquel palacio. Allí sentados los príncipes de los Feacios veían transcurrir sus dias en eternos festines. Donceles de dorados cuerpos, de pié en magníficos pedestales, sostenían antorchas encendidas é iluminaban por las noches los deleitosos banquetes. Cincuenta mujeres en otras salas entregábanse á varios trabajos: molían unas el dorado trigo, hacían otras girar el uso, y otras, en fin, volar la lanzadera, agitándose sus manos como al más leve viento sacuden esbeltos álamos su movedizo follaje. Era tal el brillo y la fragancia de las telas por ellas fabricadas que parecían impregnadas de preciosos aromas, pues así como los Feacios no tienen igual entre los hombres en dirigir por los mares el raudo vuelo de una nave, sus mujeres aventajan á todas en las labores manuales, habilidad de la que son deudoras, lo mismo que de su inteligencia toda, á las lecciones de la sabia Atena.

»Inmediato al palacio extendíase vasto jardin, en el que crecían toda clase de árboles, elevando hasta el cielo sus ramas floridas; el peral, el naranjo, el manzano, embeleso de la vista y del olfato, la dulce higuera y el olivo siempre verde. Lo mismo en invierno que en verano veíanse todos cargados de fruto, pues cuando en unos estaba en flor, maduraban en otros al aliento no interrumpido del Céfiro: la tierna aceituna, para la cual llega rápida la estacion de otoño, dejaba ya ver la aceituna naciente que de ella iba en pos; el higo era impulsado por otro, la pera por la pera, la granada por la granada, y apénas había desaparecido la naranja, presentábase otra en sazon de ser cogida.

»Robustas cepas daban uvas en todas las estaciones; al tiempo que unas en sitio ventilado se secaban á los rayos del sol, eran cortadas las otras por los vendimiadores ó estrujadas en el lagar. En aquellos magníficos viñedos iban unidas las pintadas flores con los dorados racimos... ofreciéndose así la morada de Alcinoo embellecida con los dones todos de los inmortales.

»...—Cuando ofrecemos al Cielo solemnes hecatombes, dijo Alcinoo á Ulises, descienden los dioses á sentarse á nuestra mesa para tomar parte en nuestros festines, y si encuentran á un Feacio en sus viajes, perdido y solo, dígnanse servirle de guia y manifestarle su presencia. Á ellos, bien puedo decirlo, nos acercan nuestro origen y nuestra piedad, tanto como á los Ciclopes unen la

sangre y el crímen con la raza feroz de los Gigantes.» (HOMERO).

Estos, segun la tradicion de la *Odisea*, tuvieron por rey al soberbio Eurimedon, quien «con las guerras á que se lanzara labró el sepulcro de su pueblo inícuo y tambien el suyo propio.» La menor de sus hijas, la hermosa Periboia (el estrépito de las olas) fué amada por Poseidon, y de su union nació Nositoo, (el hombre de las naves veloces), primer rey de los Feacios: genealogía, dice Preller, de la que se desprende claramente ser aquellos séres portentosos personificacion de los fenómenos del mar y de sus violentos furores.

Lo mismo puede decirse de los Cíclopes, séres sobrenaturales como los Feacios con orígen en análogo mito. De cuerpo gigantesco cual montañas, de voz espantosa y terrible, su fuerza alcanzaba á levantar y lanzar á inmensas distancias enormes peñascos.

La *Odisea* los representa como ejemplares de la vida salvaje, antítesis de la brillante cultura helénica; ajenos á toda clase de sentimientos de justicia, á toda idea de sociedad, llevaban, vagando por los altos montes ó reposando en profundas cavernas, agreste y solitaria existencia. No sembraban ni labraban la tierra, la cual, sin esfuerzo alguno, producíalo todo espontáneamente, y se ocupaban en guardar numerosos rebaños de cabras y carneros. El cíclope Polifemo, el desdeñado amante de Galatea, es de los más famosos en las mitológicas leyendas, y de él dicen algunos autores que reinaba sobre sus semejantes en las regiones occidentales de Sicilia.

«En lo alto del cabo que más penetra en la líquida llanura vimos profunda caverna, semi-oculta entre un bosquecillo de laureles, ordinario asilo de numerosos rebaños de cabras y ovejas. Un muro levantado con deformes rocas formaba como un espacioso patio, y en él crecían elevados pinos y robles cuya copa se escondía en las nubes. Allí (refiere Ulises) vivía terrible gigante, apartado de los moradores todos de aquellas riberas; su única ocupacion era llevar al pasto sus ganados. No mantiene trato ni comercio con ninguno de los otros cíclopes, y siempre en su mente se esconden proyectos inícuos y crueles. Monstruo horrible en nada se parece á la raza que de trigo se alimenta; al mirarle creeríase ver aislada peña cuya cima coronada de espesa arboleda domina prolongada cordillera.

»Entre mis compañeros escogí á doce de los más animosos y dejando á los demas para custodia de la nave, me adelanté con ellos, habiendo tenido la precaucion de llevar con nosotros un odre lleno de exquisito vino y diferentes manjares.

»Llegados á la entrada de la gruta no vimos en ella al gigante, quien había ya partido con el ganado al monte. Entramos, y con admiracion vimos el órden y la abundancia que en aquel lugar reinaban: gran número de banastas se doblaban bajo el peso de la cuajada leche; muchos corderos y cabritos llenaban vastos rediles, ocupando cada clase lugar separado segun fuesen más ó ménos crecidos. Vejigas de todas medidas para ordeñar el ganado sobrenadaban en la leche que llenada diferentes receptáculos.

»Mis compañeros, dispuestos á apoderarse de algunas banastas y á conducir hasta nuestras naves el rebaño de corderos y cabritos, instanme para que partamos y nos lancemos sin más tardar mar adentro; mas negúme á su deseo, queriendo á toda costa ver al Cíclope y saber si recibiría de su mano una prenda de hospitalidad. Entrevista que había de ser ¡ay! muy funesta para varios de mis compañeros.

»Encendido el fuego, y alimentados con cuajada de la que ofrecimos las primicias á los dioses, esperamos al Cíclope sentados en la caverna, hasta que por fin, precedido de su rebaño, llegó llevando sobre sus hombros inmensa haz de troncos secos para aderezar su comida. Al dejar caer aquella en su antro retemblaron las peñas, y todos nosotros, sobrecogidos de espanto y horror, nos refugiamos en oscuro rincon, miéntras que el monstruo levantando enorme roca cerró la entrada de la caverna: veinte carretas no hubieran movido la inmensa mole que servía de puerta á su morada...

»—¡Oh extranjeros! dijo, ¿quién sois? ¿en qué riberas os lanzásteis al líquido elemento? ¿es el comercio objeto de vuestro viaje, ó menospreciando la muerte recorreis los mares con errante proa, devastando sus orillas?

»Los rugidos de su voz al decir esto, su horrible aspecto, helaron de terror nuestro corazon; pero sobreponiéndome á este sentimiento, respondíle:—De Troya venimos; extraviados al impulso de todos los vientos por los abismos de Poseidon, y sin otro deseo que volver á Grecia, patria nuestra, hemos sido arrojados de tormenta en tormenta (así Zeus lo ha querido) hasta estas ignoradas playas... Abrazando tus rodillas pedimoste asilo ó un ligero don que nos muestre tu benevolencia. Respeta á los dioses ¡oh poderoso pastor! Acuérdate de que Zeus, protector de la hospitalidad, guía los venerables pasos de los infortunados y extranjeros, y que no deja nunca de erigirse en vengador airado de sus fueros.

»Su contestacion á estas palabras de súplica manifestó claramente su impía y feroz crueldad.—Desprovisto de razon me pareces, ¡oh extranjero! á no ser que vengas de muy remotas tierras. ¡Hablarme á mi de terror y respeto á los dioses! Como si los cíclopes curasen en lo más mínimo de Zeus ni de la feliz y pacífica asamblea de los inmortales. Nosotros pretendemos ser superiores á su estirpe, y por lo mismo no pienses que de no sentir mi pecho piedad te salve á tí y á tus compañeros el temor de su venganza. Pero dime, ¿dónde has dejado tu nave? ¿está lejana ó cerca de aquí la costa que la abriga?

»Harto avisado para no ver lo falaz de la pregunta y devolviéndole astucia por astucia, le contesté:—Poseidon severo ha estrellado mi barco léjos de aquí en el opuesto extremo de vuestras tierras, precipitándolo contra empinada roca, al tiempo que iba azotado por la tempestad. Yo y estos compañeros somos los únicos que hemos podido librarnos de la muerte.

»Guarda el cruel silencio feroz, y de pronto se precipita sobre nosotros; extiende hacia dos compañeros mios sus brazos formidables, y cogiéndolos á un tiempo los aplasta contra la peña, como si fueran tiernos cervatillos; su cerebro y su sangre saltan y corren por el suelo de la caverna. Descuartízalos en seguida y los devora como leon hambriento; bebe su sangre, chupa su médula y en breve no quedan de ellos carne, intestinos ni huesos. A tan horrible espectáculo alzamos llorosos nuestros ojos al poderoso Zeus; el terror helaba nuestra sangre y nos mantenía immóviles. Luego que el Cíclope hubo llenado de carne humana sus enormes flancos y apurado un gran cubo de leche, tendióse cuán largo era boca arriba en medio de su ganado; llevado por el primer impulso de coraje llevé mano á mi espada dispuesto á lanzarme sobre el bárbaro para clavársela en el corazon; pero la prudencia detuvo mi brazo, ya que, dado el golpe, allí nos tocaba perecer con muerte cruel, pues no habrían bastado nuestros esfuerzos todos para apartar la roca que cerraba el antro. Con dolor, pues, hubimos de aguardar la llegada de la aurora.

»Al fin esparció ésta por el aire la fragancia de sus rosas; entónces el Cíclope reanimó el casi apagado fuego, ordeñó con órden el ganado, reunió á los recentales con las madres, y cogiendo á otros dos entre los que me rodeaban, se desayunó con ellos. Saciada su voracidad guia los rebaños hacia la puerta de la caverna, aparta la enorme mole que la cerraba, y haciendo resonar los aires con espantoso silbido, toma precipitado con sus reses el camino del monte.

»Quedéme en un rincon de la cueva meditando diferentes proyectos de venganza y no sabiendo si Atena me otorgaría la gloria de castigar al monstruo, hasta que por último adopté definitiva resolucion.

FIG. 412.—Ulises y sus compañeros en la caverna del Cíclope. (Pintura de un vaso).

»Había en la cueva, junto al redil de las ovejas, un enorme tronco de olivo arrancado de cuajo por el Cíclope, con objeto de que seco que fuese, le sirviese de cayado; ofrecíase á nuestra vista, tan largo y recio era, como el mástil de aquellas grandes naves de veinte remos que transportan pesados cargamentos por entre los abismos de Anfitrite. De él corté una viga larga de varios codos, que entregué á mis compañeros para que la desbastasen, y hecho esto yo mismo cuidé de aguzarla por uno de sus extremos y endurecerla á chispeante llama, escondiéndola luego entre el estiércol de que la cueva estaba llena. Dispuse en seguida que por mis compañeros se apelase á la suerte para designar á los que, levantando conmigo el abrumador madero, habían de atreverse á hundirlo en el ojo del gigante así que estuviese entregado á profundo sueño. El azar, secundando mi deseo, señaló á cuatro de los más resueltos, y púseme sin vacilar á la cabeza de la atrevida empresa.

»Al caer de la tarde, regresa de los prados el Cíclope con sus hermosos rebaños, y hace que entren todos en la cueva sin dejar los machos en el patio, como verificara la víspera, ya fuese que ahora temiera alguna sorpresa, ya por inspiracion de una divinidad á nuestros designios propicia. Colocada en su sitio la puerta del antro, sentóse, recibió en vasijas la leche que le daban las ubres de sus reses, cuyos balidos llenaban la caverna; otros dos infelices apagaron su voraz apetito, y entónces, adelantándome hacia él y presentándole una copa llena de purpúreo vino, le dije:—Cíclope, ya que has podido alimentarte con carne humana, toma, bebe de este vino y sabrás el tesoro que en nuestra nave guardábamos. De él conservé esta porcion para ofrecerte libaciones cual á los dioses, si, movido á piedad, favorecías mi regreso á la patria; pero tu saña ha excedido á cuanto pude imaginar. ¿Quién ¡oh bárbaro! querrá en adelante arribar á tu isla?

»Sin contestar tomó la copa y bebió, saboreando al apurarla el delicioso néctar.—Dame otra copa de ese vino, dijo, y dime cuál es tu nombre, pues quiero hacerte una merced que ha de llenar de gozo tu corazon. Tambien produce vino la fértil tierra de los Cíclopes; pero no es comparable con ese licor que parece tomado de los divinos banquetes.

»Por tres veces le presenté la copa y otras tantas apuróla el insensato; así que conocí que comenzaban á turbar su razon los vapores del vino, le dije con voz cariñosa:—Pregúntasme, amigo Cíclope, cómo me llamo: pues voy á decírtelo; en cambio espero que por tu parte cumplirás lo que acabas de ofrecerme. *Nadie* es mi nombre; así me llaman mi padre y todos los mios.

»—¡Pues bien! contestóme con ferocidad nunca oida, *Nadie* será, entre cuantos estais aquí, el último á quien devore: esta es la gracia que mi generosidad te otorga.

»Dice, y cayendo de espaldas tiéndese en el suelo y se rinde á la fuerza del sueño, avasallador de cuantos séres respiran. El monstruo, entre estrepitosos ronquidos, arroja bocanadas de vino con sanguinolentos pedazos de carne humana.

»Entónces hundí la viga de olivo en el ardiente

rescoldo, y alenté á mis compañeros para que se hiciesen superiores al miedo y no me abandonasen en la tremenda aventura. Pronto á echar llama el verde tronco y rojo ya en uno de sus cabos, lo retiro del fuego; agrúpanse á mi alrededor mis compañeros y los dioses nos inspiran valor. Apuntaron ellos la viga al ojo del Ciclope, y yo empuñándola por el opuesto extremo, la empujé, y entre las manos, con el auxilio de los otros, hícela dar vueltas en la concavidad abrasada. Brota la sangre alrededor de la encendida estaca... y así como el agua muje y silba cuando el forjador, para dar al hierro el temple que le ha de hacer resistente á los años, sumerge en agua fria un hacha ó una sierra hecha ascua, así el ojo quemado silba y muje alrededor del encendido madero.

»Prorumpe el Ciclope en espantosos aullidos que hacen estremecer la peñascosa caverna; apodérase de nosotros el pavor y huyendo en varias direcciones nos guarecemos en distintos escondrijos. Polifemo (así se llamaba el monstruo) arranca de la vacía cavidad del ojo la estaca ensangrentada, y presa de agudo dolor, la arroja á pocos pasos de sí, miéntras que con voz atronadora llama á los Ciclopes que moraban por aquellas alturas. A sus gritos acuden en gran número, y rodeando la caverna le preguntan la causa de su afliccion.—¿Qué te pasa ¡oh Polifemo! para que así, entre las gratas sombras de la noche, prorumpas en tan terribles clamores y apartes de nuestros párpados el sueño? ¿Te ha robado algun mortal el ganado? ¿Quieren arrancarte la vida con ardides ó por fuerza? ¿Quién es el temerario que á tanto se atreve?

»—¡Ay, amigos! *Nadie*, les contesta el gigante desde el antro; víctima soy de la astucia, no de la fuerza.

»—¿Qué quieres decir? Si, como dices, no padeces en tu solitaria caverna insulto alguno real ¿qué exiges de nosotros? Sométete á los males que Zeus te envía, é invoca, si puedes, á Poseidon, tu padre, que es el soberano de las olas.

»Y dicho esto se alejan, causando en mí no escaso contento el engaño que en ellos aquel nombre producía. El Ciclope exhala profundos gemidos que le arranca el dolor; andando á tientas logra al fin separar la pesada roca que cerraba la puerta, y se sienta en el umbral con los largos brazos extendidos para coger á quien pretendiese escaparse. Pero en esto, revolviendo en mi mente los medios de salvacion que podrían proporcionarnos la prudencia y la astucia, habíame ya fijado en el siguiente partido.

»Había en la cueva corpulentos y hermosos moruecos, cargados de negra y espesa lana: con gran silencio enlacé con recios juncos que al monstruoso Cíclope servían de cama, á varios de ellos de tres en tres, y al del centro atéle en el vientre uno de los mios, de modo que cada uno de mis compañeros era llevado por tres robustos carneros. Entre éstos descollaba uno por su elevada talla, por su fuerza y su belleza, y sujetándole por el lomo me deslicé debajo de su lanudo vientre. Cogido con ámbas manos en sus largos vellones, esperé, en union con mis compañeros y suspirando más de una vez de impaciencia, la llegada de la aurora.

»Apénas hubo ésta pintado los cielos, cuando el ganado se precipitó en tumulto hacia la puerta; las ovejas que no habían sido ordeñadas, llenaban la caverna con sus balidos, arrastrando sus ubres llenas de leche. Atormentado por punzantes dolores iba el Ciclope palpando el lomo de todos los carneros, que con impetuosidad se levantaban sobre sus patas traseras y se abrían paso por entre el rebaño: no sospechaba el muy necio que llevaban á mis compañeros debajo de su lanudo vientre. Por fin, salió con paso lento y despues de todos el morueco de más corpulencia cargado con su abundante lana y con mi cuerpo, siendo inútil decir que me agitaban en aquel instante muy diversos sentimientos. El terrible Polifemo pasóle la mano por el lomo y le detuvo.

»—¿Por qué, díjole, eres hoy el último en salir de la caverna, cuando ántes jamas se te anticipó el rebaño sino que ibas siempre á su cabeza? Cada mañana eras el primero en pacer las nacientes flores y la tierna hierba del prado; ántes que todos bebías en las fuentes, y por la tarde, apénas empezaban á extenderse las sombras, atravesabas el primero estos umbrales. Y sin embargo, ¡hoy eres el último de todos! Si echas de ménos ser guiado por el ojo de tu dueño, sabe que un hombre protervo llamado *Nadie*, ayudado por sus compañeros, no ménos perversos, me ha sumido en eterna noche, despues de rendir mi brío con la fuerza del vino. Pero en mi poder está y mi venganza será terrible. ¡Ah! ¡Si pudieses, participando de mis sentimientos, decirme en qué rincon se oculta! No pasaría un instante sin que de su cráneo quebrantado en la peña, saltaran cerebro y sangre siendo para mi morada agradable rocío. Despues de tanto mal como me ha causado ese enemigo mio, el más vil de los humanos, vendría algun consuelo á mi pecho atribulado.

»Dicho esto, dejó paso al carnero; y á poco, desprendiéndome del animal que me llevaba, desaté á mis compañeros, y juntos, empujando delante de nosotros á varios de aquellos animales, llegamos á la nave. Nuestros amigos, que nos creían ya en la region de las sombras, nos reciben con demostraciones de gozo, á las que acompañan amargas lágrimas por aquellos que no existen... Ocupados los bancos, hendiendo los remos el agua salobre, nos alejamos de la funesta playa.

»Llegados á cierta distancia, en que aún nuestra voz podía ser oida en tierra, grité:—¡Ciclope inhumano! no pienses que tu bárbara crueldad haya devorado los compañeros de un hombre vil y cobarde. Castigado quedas de tus numerosos atentados. Tú que sin respeto á la hospitalidad has inmolado á quien te imploraba, sufre la pena que sobre tí fulminan Zeus y los dioses todos.

»Al oir estas palabras creció la rabia que bullía en

su corazon, y arrancando la mitad de una roca la lanzó con tal ímpetu, que vino á hundirse junto á la proa de la nave. Al caer saltan las olas espumosas, se elevan hasta las nubes, y en su caida precipítanse, arrastrando al buque, hacia la costa y con estrépito la inundan... Los Griegos se inclinaron sobre los remos y con toda su fuerza hienden las olas.

»Más léjos que estuvimos, volvíme hacia el Ciclope y de nuevo quise hablarle; pero mis compañeros me rodearon, y con persuasivas palabras quisieron imponerme silencio.—¿Con qué objeto irritar más á ese feroz gigante? Una roca disparada cual flecha, ha arrojado la nave á la playa, donde nos esperaba la muerte. Si oye de nuevo tu voz, una peña aún más terrible, lanzada por su poderosa mano, quebrantará nuestra cabeza y romperá en astillas la nave.

»No pudieron sus súplicas doblegar mi resolucion y por segunda vez desahogué la cólera que llenaba mi pecho.—Ciclope, grité, si entre los mortales te preguntan quién imprimió en tu frente esa vergonzosa deformidad, dí que el debelador de muros, Ulises, hijo de Laerte, habitante en Itaca, te ha sumido en eternas tinieblas.

»Rabiosos rugidos me responden.—¡Oh destino! exclamó. ¿Con que es verdad lo que antiguos oráculos predijeron? Há tiempo vino á mi morada un gran personaje, hijo de Eurimo y por nombre Telemo, mortal entendido cual ninguno en vaticinar lo futuro, que había envejecido entre los Ciclopes en el ejercicio de su arte. Por él supe cuanto ahora me ha sucedido; él me dijo que mi ojo me sería arrebatado por manos de Ulises. Prediccion semejante hízome pensar en un héroe notable por su apostura y armado de fuerza incontrastable, siendo así que el más vil de los mortales, un pigmeo sin vigor ha sido quien, domándome por medio del vino, me ha privado de mi ojo! ¡Ah! ven, acércate, Ulises, para que pueda colmarte de dones y favores y recomendarte al fuerte Poseidon, cuyo hijo soy, honrándose él con ser mi padre. Para curarme le bastará con querer, sin que yo haya de implorar más socorro entre los humanos ni entre los dioses.

»—No abrigues tal esperanza, le dije; tu ojo no será curado jamas, ni siquiera por el poder de Poseidon. Pluguiese al Cielo que la misma seguridad tuviese de haberte privado de la vida y precipitado en el sombrío imperio.

»Polifemo levanta las manos hacia la region de los astros, y profiere esta imprecacion:—Óyeme, Poseidon, terrible dios de negra y majestuosa cabellera, tú cuyos brazos ciñen la tierra: si es cierto que te debo el sér y que te envaneces de llamarme hijo, haz que ese debelador de muros, ese Ulises, no imprima jamas la planta en su tierra natal; pero si el destino quiere que de nuevo vea á sus amigos y hogares, haz que vuelva á ellos desgraciado, despues de dilatada série de adversidades, conducido por una nave extranjera; haz que haya de llorar la muerte de todos sus compañeros y que encuentre en el recinto de su palacio nuevos infortunios.

»Así invocó á Poseidon, y el dios oyó sus iracundos votos. No bien hubo gritado aquellas últimas palabras cuando levantando una roca mucho mayor que la primera, agitóla en el aire con rápido esfuerzo y la arrojó con vigor semejante al de los inmortales; al caer junto á la popa en poco estuvo que rompiera é inutilizara el gobernalle... Por fin, divisamos nuestras naves; los compañeros, sentados en la playa, nos lloraban ya por perdidos... Luego de saltar á tierra nosotros y el ganado que arrebatamos al feroz Polifemo, repartióse con igualdad el botin, adjudicándome mis compañeros por voto unánime, ademas de la parte correspondiente, el carnero que me sacó del antro. Sin pérdida de momento sacrifiquélo á Zeus, quien, desde lo alto de las sombrías nubes, reina sobre cuanto respira.» (HOMERO).

Pero no todos los compañeros de Ulises salieron de la morada del terrible Polifemo; uno quedó en ella, y cuando, algun tiempo despues, las naves de Eneas, perdido el derrotero, fueron á parar á la isla de los Ciclopes, donde, segun el poeta, truena el Etna en medio de horrorosas ruinas, presentóse á los Troyanos un desconocido de singular y lastimosa catadura, reducido á la última demacracion. Atónitos quedaron todos al contemplar su miseria espantosa, su larga barba, su andrajoso vestido, sujeto con espinas de pescado, hasta que puesto el infeliz á los piés del caudillo, le dijo:—«Compañero del desgraciado Ulises, Itaca es mi patria, mi nombre Aquemenides; la pobreza de mi padre Adamasto me impulsó á ir á la guerra de Troya... Al huir despavoridos de estos horribles sitios mis compañeros me dejaron olvidado en la vasta caverna del Ciclope, negra mansion toda llena de podredumbre y de sangrientos manjares. El monstruo que la habita es tan alto que llega con su frente al firmamento (¡oh dioses, apartad de la tierra tamaña calamidad!); nadie se atreve á mirarle ni hablarle. Son su alimento las entrañas y la negra sangre de sus miserables víctimas. Yo mismo, yo le ví cuando tendido en medio de su caverna, asió con su enorme mano á dos de los nuestros y los estrelló contra una peña, inundando con su sangre todo el suelo; le ví devorar sus sangrientos miembros, ví palpitar entre sus dientes las carnes tibias todavía. Mas no quedó impune; no consintió Ulises tales horrores, no se olvidó de los suyos en tan tremendo trance el rey de Itaca. Luego que Polifemo, saciado de comida y aletargado por el vino, reclinó la cerviz y se tendió cuan inmenso era en su caverna, arrojando por la boca, entre sueños, inmundos despojos mezclados con vino y sangre; nosotros, despues de invocar á los grandes númenes, y designados por la suerte los que habían de acometer la empresa, nos arrojamos todos á la vez sobre él, y con una estaca aguzada le taladramos el enorme ojo, único que se ocultaba bajo el entrecejo de su

torva frente, semejante á una rodela argólica ó al luminar de Febo; y alegres vengamos las sombras de nuestros compañeros. Pero huid, infelices, huid y cortad el cable que os amarra á la costa... porque no es ese Polifemo, tal cual os lo he pintado, el único que recoge sus ovejas en la inmensa caverna y les exprime las ubres; otros cien infandos Cíclopes, tan gigantescos y fieros como él, habitan estas sinuosas playas y vagan por estos altos montes. Ya por tercera vez se han llenado de luz los cuernos de la luna desde que arrastro mi existencia por las selvas, entre las desiertas guaridas de las fieras, observando desde una roca cuando asoman los gigantes Cíclopes, y temblando al ruido de sus pisadas y de su voz. Los arbustos me dan su miserable alimento de bayas y desabridas cerezas silvestres; las hierbas me sustentan con sus raíces que arranco con mi mano. Atalayando estos contornos divisé vuestras naves que se dirigían á estas playas, y á ellas, fuesen de quien fueren, resolví entregarme: mi único afan es huir de esta monstruosa gente...

»No bien había pronunciado estas palabras, refiere Eneas, cuando en la cumbre de un monte vemos moverse entre su rebaño la enorme mole del mismo pastor Polifemo, que se encaminaba á las conocidas playas; monstruo horrendo, informe, colosal, privado de la vista. Lleva en la mano un pino despojado de sus ramas, en que apoya sus pasos, y le rodean sus lanudas ovejas, su único deleite, consuelo tambien en su desgracia... Luego que tocó las profundas olas y hubo penetrado en el mar, lavó con sus aguas la sangre que chorreaba de su ojo reventado, rechinándole los dientes de dolor; y avanzando en seguida á la alta mar, aún no mojaban las olas su enhiesta cintura. Temblando precipitamos la fuga, despues de haber acogido en nuestro bordo al Griego suplicante, que bien lo merecía; cortamos los cables en silencio, é inclinados sobre los remos á porfía barrimos la mar. Óyenos él y torció su marcha hacia donde sonaba el ruido que hacíamos; mas como no le fuese dado alcanzarnos con su mano, ni pudiese correr tan aprisa como las olas jónicas, levantó un inmenso clamor con que se estremecieron el ponto y todas las olas, retembló en sus cimientos la tierra de Italia, y rugió el Etna en sus huecas cavernas. Concitados por aquel estrépito, acuden los Cíclopes de las selvas y de los altos montes, y precipitándose en tropel hacia el puerto, llenan las playas; en ellas veíamos de pié y mirándonos en vano con feroces ojos á aquellos hermanos, hijos del Etna, cuyas altas frentes se levantaban al firmamento. ¡Horrible compañía! Tales se alzan con sus excelsas copas las aéreas encinas ó los coníferos cipreses en las altas selvas de Júpiter ó en los bosques de Diana.» (VIRGILIO).

Segun Hesiodo eran los Cíclopes únicamente en número de tres, llamados Arges, Brontes y Steropes; otros autores elevan aquel á más de ciento, entre los que eran notables Polifemo, Acamas, Briáreo, Cedalion, Cerasto ó Geresto y Piracmon. Como en su lugar hemos visto [1], la leyenda atribuye á venganza de Apolo la muerte de los Cíclopes, por haber forjado el rayo que mató á Esculapio.

La descripcion que de los Cíclopes se lee en la *Odisea*, su existencia solitaria en la cumbre de los montes y en profundas cavernas, únicamente ocupada en apacentar grandes rebaños, sin sembrar ni labrar la tierra, «despiertan, dice un autor moderno, la idea de la inculta soledad del mar en el que no germina semilla alguna, ni crecen espigas; de aquellas peñas cuyas masas gigantescas se alzan enhiestas entre las aguas que con fragor las combaten; de aquellas enormes oleadas que corren y saltan, como los numerosos hatos de silvestres cabras que á los Cíclopes rodean.» (PRELLER).

Otros séres fantásticos del mar, ideados quizas en su orígen como un efecto de la blanca espuma de las rizadas olas, eran las tres GRÆÆ (las Viejas), hijas de Forco, llamadas ENYO, PEFREDO y DINO ó CHERSES. De ellas se decía haber venido al mundo con la cabellera cana, y tener para las tres un ojo, un cuerno y un diente de los que se servían una despues de otra. Para algunos poetas quedaban las Viejas reducidas á dos y tambien á una, al igual de lo que sucedía con sus hermanas las Gorgonas; mito es el de éstas y el de las Grææ que van estrechamente unidos hasta el punto de ser alguna vez confundidos, y ellos, y principalmente el de las Gorgonas, serán objeto del capítulo siguiente.

[1] Véase pág. 84.

CAPÍTULO VI.

LAS GORGONAS.

Su número. — Sus nombres. — MEDUSA. — Acrisio y Proto. — Júpiter y DANAE. — Nacimiento de Perseo. — Parte á combatir á la Gorgona. — LAS GRÆÆ le sirven de guías. — Perseo corta la cabeza á Medusa. — Nacimiento del caballo PEGASO y de CRISAOR. — Fuente de Hipocrene. — Perseo perseguido por las Gorgonas. — Las serpientes de Libia. — ANDRÓMEDA. — Su desventura. — Líbrala Perseo. — El coral. — Horrible combate. — Perseo convierte á sus enemigos en estatuas de piedra. — Funda á Micenas. — Varias interpretaciones de la fábula de Medusa. — Pegaso domado por BELEROFONTE. — Belerofonte en la corte de Proto. — Belerofonte y la QUIMERA. — Otras hazañas de Belerofonte. — Su triste fin. — Interpretaciones de este mito.

PÍNDARO llama á las Gorgonas hijas de Forco; algunos autores dicen haber sido su padre Tifon ó Gorgon. Tres son las Gorgonas en casi todas las leyendas, si bien Homero habló únicamente de una con el nombre ora de Gorgo, ora de Gorgona y tambien con el de Medusa. Medusa, Steno y Eriagle son llamadas por la tradicion, y si bien la primera fué la más famosa, era entre las tres la única mortal; las otras dos no podian morir ni envejecer. Monstruos tan horribles como las GRÆÆ, tenían por cabellos víboras, sus dientes se asemejaban á colmillos de elefante, sus manos eran de cobre, doradas alas las llevaban veloces por los aires, y quien llegaba á fijar en ellas la mirada quedaba al instante convertido en piedra «Son las Gorgonas, dice Eschylo, vírgenes aladas, monstruos á los mortales odiosos, que jamas hombre alguno pudo mirar sin morir.»

En la *Odisea* es morada de las Gorgonas el mundo subterráneo; segun Hesiodo se ciernen entre nubes en las cercanías de la Noche y de las Hespérides; otros mitógrafos las fingieron en la Libia, en las inmediaciones del lago Tritonio, ó en las islas que se llamaron Gorgades. La fábula contaba de Medusa haber sido ántes de admirable hermosura: su cabellera no tenía igual en belleza. Poseidon, convertido en caballo, se unió amorosamente con ella en un templo de la sabia Atena, y por tal profanacion la diosa convirtió en serpientes los cabellos de Medusa.

FIG. 413.—Cabeza de Medusa. (Medalla antigua.)

Las Gorgonas, objeto de terror para los hombres, inaccesibles en las apartadas regiones en que tenían su morada, defendidas ademas por las GRÆÆ que les servían de vigilantes centinelas, no habían de hallar al parecer quien las venciera. En ellas vése un nuevo ejemplar, otra variante de la constante lucha entre las fuerzas tenebrosas y las potestades de la luz, entre los héroes solares y los espíritus de las tormentas; y en efecto aquellos horribles monstruos, tenidos por las nubes tempestuosas que ocultan la claridad del dia, fueron domados y oscurecidos por Perseo, héroe solar, cuando no, segun algunas tradiciones, por la misma Atena, la diosa de los fulgores del rayo.